

## ARTE Y FILOSOFÍA EN *MUERTE Y RESURRECCIÓN* DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Por Mireya Robles

Las ideas de Ortega sobre El Greco en *Muerte y Resurrección* no constituyen una crítica estética. Ortega considera que «el poeta empieza donde el hombre acaba»<sup>1</sup>. De la misma manera podría decirse que «el pintor empieza donde el hombre acaba», y esto no es aplicable al caso en cuestión. Ortega se refiere al *tema*, no al *contenido* del *San Mauricio* de El Greco y lo enfoca desde un punto de vista humano, no estético. Es un estudio del hombre, o mejor dicho, de un instante de la vida de un hombre y de éste en relación con otros hombres y con su mundo. Es decir, con su circunstancia. Esa circunstancia que es parte de su vida, que es su campo de acción y a la vez parte integral de su yo íntimo. Dice Ortega en el prólogo a *Meditaciones del Quijote*: «Yo soy yo y mi circunstancia». Y agrega:

Este sector de realidad circunstante forma la otra mitad de mi persona: sólo al través de él puedo integrarme y ser plenamente yo mismo.

Hemos de buscar para nuestra circunstancia, tal y como ella es, precisamente en lo que tiene de limitación, de peculiaridad, el lugar acertado en la inmensa perspectiva del mundo<sup>2</sup>.

El hombre no es solamente un ser biológico, aislado. Es un ser que lleva consigo su circunstancia y que a la vez trasciende de sí mismo para perderse en ella. Ortega explica esta interrelación de la siguiente manera:

Son tres momentos que cíclicamente se repiten a lo largo de la historia humana en formas cada vez más complejas: 1. el hombre se siente perdido, náufrago en las cosas; es la 'alteración'; 2. el hombre, con un enérgico esfuerzo se retira a su intimidad para formarse ideas sobre las cosas y su posible dominación; es el 'ensimismamiento', la 'vita contemplativa' que decían los romanos, el 'theoretikos bios' de los griegos, la 'teoría'; 3. el hombre vuelve a sumergirse en el mundo para actuar en él conforme a un plan preconcebido; es la 'acción', la 'vida activa', la 'praxis'<sup>3</sup>.

La idea de la inseparabilidad del hombre y su circunstancia está presente en Descartes, quien al referir su «nuevo método reformado de la ciencia universal»,

---

<sup>1</sup> José ORTEGA Y GASSET, *La deshumanización del arte*, en *Meditaciones del Quijote y Deshumanización del arte* (Buenos Aires, 1942), p. 194.

<sup>2</sup> José ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*, *Ibid.*, p. 30.

<sup>3</sup> José ORTEGA Y GASSET, «El hombre y la gente», *Obras*, VII (Madrid, 1961), p. 88.

no deja atrás su circunstancia, ese «cuarto-estufa de una casa germánica». Lo mismo hace Platón con su *Fedro*<sup>4</sup>.

Nos encamina ahora el autor a El Escorial. Imágenes contrapuestas de muerte-resurrección nos dan el ambiente alrededor del cual gira el ensayo. El momento real que viene ahora en forma de recuerdos a la mente del autor, tuvo lugar durante una fiesta de Resurrección. La misma idea se continúa cuando nos dibuja las nubes, esas nubes que le recuerdan a aquéllas que los escultores y artífices colocan «detrás de las cabezas inclinadas de los Cristos»<sup>5</sup>. Esas nubes resplandecientes que nos recuerdan que morir es vivir, que la muerte trae consigo, inevitablemente, una resurrección. Resurrección gloriosa, triunfante.

La figura del Monasterio —«sepulcro inmenso»—, nos trae la imagen de la muerte. Muerte carnal, fría, quieta, eterna. Muerte que se disipa, sin embargo, en la diáfana claridad del cielo de abril. Luz, claridad, primavera, resurrección.

Dos nuevos contrastes: El Escorial amarrado a sus cimientos, inmóvil, firme. Y entonces, ese ser, «todo ímpetu y coraje», ese viento que baja de la Merinera. Pasividad e inquietud, inercia y movimiento. El Escorial 'es'; el viento 'va siendo': es acción. De la misma manera, «El hombre no es, sino que 'va siendo' esto y lo otro»<sup>6</sup>. «La vida es un gerundio y no un participio: un 'faciendum' y no un 'factum'»<sup>7</sup>:

La vida es un fluido indócil que no se deja retener, apresar, salvar. Mientras va siendo va dejando de ser irremediablemente<sup>8</sup>.

La vida no es una cosa estática que permanece y persiste; es una actividad que se consume a sí misma. Por fortuna, esa actividad actúa sobre las cosas, las forma y reforma, dejando en ellas la huella de su paso. De igual modo, el viento, por sí mismo imperceptible, se arroja sobre el cuerpo blando de las nubes, las estira, retuerce, ondea y afila, y nosotros, levantando la vista vemos en las formas de sus vellones las líneas de embestida del viento, la huella de su puño raudo y etéreo. Así, la vida deja en las cosas la línea de su peculiar ímpetu, el perfil de su afán; en una palabra, su estilo<sup>9</sup>.

Ese ímpetu furioso, ese viento indomable, chorro de vida hecha acción, lo encontramos enmarcado en el cuadro de El Greco: el *San Mauricio*. Capta el momento en que el santo invita a sus legionarios tebanos a seguir en el martirio a sus compañeros que habían sido diezmados porque se resistieron a negar su fe cristiana. La patética y horrenda visión de los mártires no ha logrado robarles la serenidad a los sobrevivientes. No parecen estar fuera de sí. No parecen estar alterados. No hay gritería; no hay confusión ni estridencia.

Firme, sereno, San Mauricio se dirige al grupo: «Os felicito de veros prestos a morir por Cristo, sigamos a nuestros compañeros en el martirio». «Este momento, la vibración esencial de estas palabras, constituyen el tema de El Greco. Es un grupo de hombres ensimismados, y sin embargo, en profunda conversación y comunicación. Parece que ha descendido cada cual al fondo de sí mismo y ha encontrado

<sup>4</sup> José ORTEGA Y GASSET, «Muerte y Resurrección», *Obras*, II, p. 150.

<sup>5</sup> José ORTEGA Y GASSET, *Ibid.*

<sup>6</sup> José ORTEGA Y GASSET, «Historia como sistema», *Obras*, VI, p. 39.

<sup>7</sup> José ORTEGA Y GASSET, *Ibid.*, p. 33.

<sup>8</sup> José ORTEGA Y GASSET, «Para un museo romántico», *Obras*, II, p. 519.

<sup>9</sup> José ORTEGA Y GASSET, *Ibid.*

allí a los demás»<sup>10</sup>. Y esto ocurre así, porque San Mauricio —y a instancias de él todo el grupo— ha tomado una decisión a través de la cual se siente en paz consigo mismo. Ha rechazado el miedo que hubiera podido ocasionarle el horrible espectáculo de los decapitados para reaccionar de acuerdo con algo que está mucho más próximo a lo que es el verdadero sentimiento de cada cual: su fe en Dios, por la cual se entrega al martirio; su amor hacia los otros mártires, con los cuales quiere identificarse. Una bestia, un animal, hubiera huido ante el peligro de la muerte porque

La bestia, en efecto, vive en perpetuo miedo del mundo, y a la vez en perpetuo apetito de las cosas que en él hay y que en él aparecen, un apetito indomable que se dispara también sin freno ni inhibición posibles, lo mismo que el pavor. En uno y otro caso son los objetos y acaecimientos del contorno quienes gobiernan la vida del animal, le traen y le llevan como una marioneta. El no rige su existencia, no vive desde 'sí mismo' sino desde 'lo otro', equivale a decir que el animal vive siempre alterado, enajenado, que su vida es constitutiva alteración<sup>11</sup>.

He aquí por qué el animal tiene que estar siempre atento a lo que pasa fuera de él, a las cosas en torno. Porque, aunque éstas menguasen sus peligros y sus incitaciones, el animal tiene que seguir siendo regido por ellas, por lo de fuera, 'por lo otro' que él; porque no puede meterse 'dentro de sí', ya que no tiene un 'sí mismo', un 'chez soi' donde recogerse y reposar<sup>12</sup>.

El autor señala que «la actitud de San Mauricio es la actitud ética por excelencia»<sup>13</sup>. Y compara esta actitud del santo que exhorta a sus compañeros al martirio con la actitud de Don Juan cuando apuesta su vida en un juego de cartas, porque «la característica del acto moral» está «en la plenitud con que es querido. Cuando todo nuestro ser quiere algo —sin reservas, sin temores, integralmente— cumplimos con nuestro deber, porque es el mayor deber de la fidelidad con nosotros mismos»<sup>14</sup>.

Es decir, que si no actuamos de acuerdo con nosotros mismos, no vivimos nuestra vida verdadera. El drama que tenemos que hacer de nuestra vida pasaría a ser una farsa. Viviendo una mentira perdemos nuestra identidad, nuestra verdad. Esto lo explica Ortega claramente cuando dice:

...la 'verdad' del hombre estriba en la correspondencia exacta entre el gesto y el espíritu, en la perfecta adecuación entre lo externo y lo íntimo<sup>15</sup>.

Es el mismo tema que gira alrededor del formidable drama de Robert Bolt, *A man for all seasons*, catalogado en inglés como uno de los llamados 'dramas of selfhood'. Refiriéndose a la obra, comenta Robert W. Corrigan:

La cuestión de prestar juramento es el punto crucial del drama. En una sociedad colectiva el individuo tiende a convertirse en una equívoca comodidad y cuando nos vemos de esta manera perdemos todo sentido de identidad

<sup>10</sup> José ORTEGA Y GASSET, «Muerte y Resurrección», *op. cit.*, p. 151.

<sup>11</sup> José ORTEGA Y GASSET, «Ensimismamiento y alteración», *Obras*, V, p. 299.

<sup>12</sup> José ORTEGA Y GASSET, *Ibid.*

<sup>13</sup> José ORTEGA Y GASSET, «Muerte y Resurrección», *op. cit.*, p. 152.

<sup>14</sup> José ORTEGA Y GASSET, *Ibid.*, p. 153.

<sup>15</sup> José ORTEGA Y GASSET, «Ideas sobre Pío Baroja» (El fondo insobornable», *Obras*, II, p. 85.

propia. El hecho de que Thomas More se negara a prestar juramento le sirve a Bolt para afirmar que aun bajo las más intensas presiones el hombre puede existir manteniéndose fiel a sí mismo; que es posible vivir en el mundo moderno sin traicionarse. «Un hombre presta juramento», dice Bolt en el prefacio, «solamente cuando quiere obligarse excepcionalmente a su palabra, cuando quiere establecer una identidad entre la verdad de esta palabra y su propia virtud; se ofrece él mismo como garantía». Debido al inviolable sentido de sí mismo, Sir Thomas More no puede prestar un juramento que negaría en efecto, todo su ser. Ya que como le dice a su hija, «Cuando un hombre presta juramento, Meg, está sosteniendo su ser en sus propias manos. Como si fuera agua, y si separa sus dedos, no podrá entonces tener esperanza de encontrarse a sí mismo. Hay hombres que no son capaces de esto, pero me disgustaría pensar que tu padre es uno de ellos». El sí es capaz de esto, y como resultado, tiene una nobleza de carácter que rara vez se encuentra en el teatro moderno<sup>16</sup>.

Como es natural, cuanto Ortega dice: «... yo veo la característica del acto moral en la plenitud con que es querido», no se refiere a querer algo con un fin utilitario. No se refiere a algo que sea un agente para satisfacer otra necesidad. No es el querer como medio (utilitarismo), sino como fin. Es cuando «termina en nosotros el vaivén de la contratación» y «deja de ser nuestro espíritu una pluralidad de individuos elementales cada cual con su pequeño afán egoísta que es preciso contentar»<sup>17</sup>. Es el momento en que nos entregamos de lleno y sin temores, al fin deseado. Es en un momento como éste en el que San Mauricio es capaz de tomar su vida y la de sus legionarios para entregarse al martirio: es cuando ha llegado a desear su plenitud, defender su fe. Y precisamente renunciando a su propia vida, llega a «la suprema afirmación de la personalidad»<sup>18</sup>.

Termina el ensayo reafirmando la relación entre muerte y resurrección. Morir buscando la realización de sí mismo no es morir, o mejor dicho, es morir una muerte que nos lleva a la resurrección. No quiere eso decir que ante este tipo de muerte no sintamos pavor. Sí lo sentimos. Pero es un pavor que queda acallado, aquietado, por nuestra paz interior; por ésa, nuestra verdad. Por esa correspondencia exacta entre el gesto y el espíritu.

#### BIBLIOGRAFÍA

- BOLT, Robert, *A man for all seasons*, en *The New Theatre of Europe*, edición de Robert W. Corrigan. New York: Dell Publishing Co., 1962.
- ORTEGA Y GASSET, José, *Meditaciones del Quijote. Deshumanización del arte*. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1942.
- , *Obras*, vols. II, V, VI y VII. Madrid: Revista de Occidente, 1961.

<sup>16</sup> Robert BOLT, *A man for all seasons*, en *The New Theatre of Europe*, edición de Robert W. Corrigan (New York, 1962), pp. 28-29. La traducción es nuestra.

<sup>17</sup> José ORTEGA Y GASSET, «Muerte y Resurrección», *op. cit.*, p. 153.

<sup>18</sup> *Ibid.*